

LA LUZ DEL OBRERO

ORGANO DEL CENTRO OBRERO DE ESTA VILLA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Cieza, un mes. . . 0.30 ptas.
Fuera, trimestre. . . 1.00 »

Se publica los Sabados

Toda la correspondencia á la Redaccion,
CENTRO OBRERO
No se devuelven los originales.

Los que necesitan de la violencia

En otro tiempo existía en el Ural una colonia de cosacos que no conocían la propiedad personal de la tierra. El orden y la prosperidad reinaban sin embargo entre aquellas gentes, mas dichosas de fijo que las que viven en sociedades donde la propiedad de la tierra está protegida por la violencia. Existen aun hoy dia municipalidades que rehusan á las personas el derecho a poseer tierras.

En un tiempo, que todavia está presente en mi memoria, ocurría lo mismo en toda la extension de Rusia. La proteccion de la propiedad de la tierra por la violencia de los Gobiernos, no impide la lucha de envidias codicias, sino que por el contrario, la provoca y la exaspera. Sin ella, el valor de la tierra no hubiera aumentado y los hombres no se amontonaran en estrechas e marcas en vez de dispersarse é ir á colonizar los vastos yermos que cubren aun una gran parte del globo. No ha servido sino para empujar los hombres unos contra otros, para armarles para esa pelea de intereses que ha suscitado, que jamas cesa y de la que salen siempre vencidos trabajadores de la tierra, siempre victoriosos los cómplices de la violencia.

Los hombres no tienen tampoco necesidad de ser protegidos por la violencia para gozar en paz de los objetos necesarios para la vida y que fabricaros con sus manos. Tal derecho les ha sido siempre suficientemente garantizado por la cos-

tumbre, por la opinión pública, por el sentimiento de justicia y de la solidaridad social.

El que posee diez mil desiatinas de bosque, cuando cerca él existen millares de hombres que carecen de leña para calentarse, aquél tiene necesidad de ser protegido por la violencia. Esta proteccion es también necesaria á los patronos de talleres y fábricas en que se explotan generaciones enteras de obreros, y lo es más aun al mercader que guarda en sus almacenes centenares de millares de medidas de trigo, esperando un año de mala cosecha para venderlo con escandaloso beneficio á las poblaciones hambrientas.

LEON TOLSTOY

El derecho á la propiedad

Nunca discutiré yo su indiscutible derecho. Así lo observáramos todos: fiel y lealmente.

Pero, sobre el derecho á la propiedad territorial, hay otro derecho mas poderoso: el derecho á la vida.

Veamos la prueba.

Supongamos á un hombre inmensamente rico y que acapara sobre sí la propiedad de todo el planeta tierra. Y que luego por mero capricho, con ese derecho que conceden las leyes, se le ocurriera dejar toda la tierra inculta. ¿Que sería entonces de lo restante, es decir, de la humanidad? ¿Se conformarían todos en morir de hambre respetando aquel derecho? Creo que no. Y si así fuese, la humanidad sería una invencible sobreponiendo aquel derecho al de su propia vida.

Pues así relativamente nos ocurre hoy,

que tenemos muchos miles de kilómetros cuadrados de tierras que podrian producir incultas, porque sus dueños no las necesitan ó no quieren gastarse el dinero en cultivarlas; mientras hay millones de brazos en huelga forzosa pasando hambre ¿Y quieren que nos conformemos? No puede ser.

Pero es que el burgués (y en esto hay excepcion) quiere que el pobre nunca tenga que comer para que esté mas sometido, y sólo darle algunas migajas para que nunca pueda revelarse.

No, no queremos vuestras migajas, queremos lo nuestro, puesto que nosotros lo producimos. Por que así las cosas, todo va al revés. El que ningún ejercicio tiene que hacer, se alimenta con sencillos manjares; mientras que el que tiene que fatigarse, apenas si come. El que para nada tiene á qué salir, se arroja con confortantes abrigo, y el que tiene que sufrir la inclemencia de la intemperie, va casi descalzo y en cueros. Y el que nada hace en todo el dia, tiene un mullido lecho para descansar, mientras que el que tiene sus miembros rendidos por la fatiga del trabajo, solo tiene un misero gergón ó las piedras del duro suelo.

Así, ni unos ni otros son hombres; los primeros porque á fuerza de comodidades se afeminan y vienen á ser unos entes despreciables que para nada útil aprovechan, y si son soberbios y orgullosos, es con los pobres que por su ignorancia ó su situación les aguantan sus majaderías. Estos son peores que aquellos señores feudales de la edad media, que si eran soberbios y orgullosos, podia serlo, por que eran fuertes y sus músculos y sus huesos estaban endurecidos en los campos de batalla para dejar títulos á sus descendientes, que no son dignos de llevarlos.

Pero aquella edad, ya pasó, en que solo se conocia el sistema de la guerra. Hoy la humanidad ve otros horizontes, que son, el progreso de la Ciencia y el

